

El anarquismo, según Bookchin, “consiste en un cuerpo impecadero de ideales a los cuales la humanidad se ha esforzado en aproximar durante milenios, en todas partes del mundo” (p. 58).

Estos principios libertarios deben aplicarse mediante la adaptación de los mismos al contexto histórico. Por tanto, el anarquismo solo avanzará si adapta los principios libertarios al contexto histórico actual. En definitiva, hoy el pensamiento libertario requiere una aproximación ecológica.

A lo largo de la obra el autor desarrolla y explica las premisas de las que parte. La edición de la editorial Calumnia incluye en la misma obra otro breve ensayo de Bookchin, del año 1974, titulado *Hacia una Sociedad Ecológica*. Se trata de un breve texto en el que Murray Bookchin expone su postura ideológica acerca del movimiento antinuclear de los años 60 y diversas críticas al marxismo y a la ecología profunda.

El libro en su conjunto es de fácil lectura, pero no pierde la rigurosidad temática y expresiva; es breve y de gran interés para la actualidad de los movimientos ecologistas. Dichos movimientos solo podrán pasar a la acción revolucionaria y transformadora si cuentan con un fundamento teórico profundo y adaptado a los problemas sociales y medioambientales que se presentan hoy. En ese sentido, las ideas que plantea Bookchin en la obra son una de las opciones más elocuentes a tener en cuenta para formar dicho fundamento teórico y marcar la hoja de ruta que han de seguir los movimientos ecologistas del siglo XXI.

José Manuel Domínguez de la Fuente. Universidad de Salamanca  
jm\_doming@usal.es

---

CAPOGRASSI, GIUSEPPE

*La experiencia común*, (Edición y traducción de Ana Llano Torres; Prólogo de Miguel García-Baró), Ediciones Encuentro, Madrid, 2020, 231 pp.

Este libro es una nueva traducción del jurista y filósofo italiano Capograssi (1889-1956), que ya va siendo conocido tras *El individuo sin*

*individualidad* (2015) y *La vida ética* (2017), igualmente traducidos por la profesora Llano también en Ediciones Encuentro.

Ya la labor de traducción es elogiable, pues acierta al espaciar e introducir oportunos subtítulos en un texto que de otro modo hubiera resultado espeso. Sin embargo, la espesura que se aligeró se refiere solo a lo compacto del original; en cambio, la densidad de su contenido —a la vez que claro y terso— es más bien la mejor cualidad de esta obra. Sus páginas son lo más parecido a un río viviente que fluye mansamente y en el que a la vez puede verse reflejada la propia vida. El autor parte de las descripciones más habituales, la experiencia común, para bucear en su sentido más profundo y existencial. En plena consonancia con lo cual, por cierto, el profesor García-Baró las precede con un precioso prólogo a modo de breve meditación sobre las verdades profundas que laten en el libro. El estilo y los temas recuerdan a san Agustín, A. Rosmini, H. Bergson, o M. Blondel, a quienes se recurre oportuna pero lateralmente.

La intención central de la obra es animar a descubrir, o a redescubrir, lo que auténticamente experimentamos, lo que inmediata y ordinariamente vivimos. En una palabra, la vida humana individual. Ello se aleja tanto la especulación abstracta como la voluntad anónima que acaba en un activismo inhumano o en una inacción desesperanzada. Lo que pretende el autor es llevarnos de la mano para comprender, acoger y valorar la vida en toda su unitaria riqueza.

Por eso comienza con la conciencia, en el sentido de conocimiento, como vía de acceso a la verdad; pero una verdad cuyo conocerla requiere también vivirla. Enseguida se descubren entonces una dimensión vertical, un elemento superior y divino; y otra horizontal, los otros. De hecho, el conocimiento implica la compenetración de dos vidas, un afecto mutuo en la vida común superior y al mismo tiempo basal. Pero esa comunicación no excluye, al revés, el descubrimiento de la propia intimidad como finita: así aparece la conciencia del tiempo que fluye, el término de la muerte y, en claroscuro, la idea de Dios como fin deseado.

A continuación, se aborda más directamente la descripción de la vida. Como es de esperar, el empeño consiste más bien en mos-

trar su riqueza y el error que supone el reducirla. En sustancia, la vida para el sujeto es un sentir, un conocer y un amar en la plenitud orgánica perfecta y perenne del propio acto y, como tal, una unión perfecta con todas las cosas, los bienes y las verdades que dan a la vida su objeto completo y su cumplimiento final (p. 87). Vida que, como tal, hay que buscarla en la acción más que en la especulación. La vida busca actuar, es imperativa. Por eso la reflexión se torna ética. En la acción ética la vida individual se demuestra verdadera y auténtica.

Como integrada en la vida, “la acción es justo el intento continuo que hace la voluntad, es decir, el sujeto mismo en busca de su destino, de reconducir a los términos de su humanidad concreta, es decir, de su ley, de su fin y de su idea, todo el mundo de las cosas, incluyéndose en el mundo de las cosas también a sí mismo, el sujeto, en su individualidad corporal y sensible” (p. 102). Por eso, la acción afirma a la vez: la entidad subsistente de la vida, la deficiencia de la vida junto a la exigencia de su cumplimiento, y la comunicación y relación entre vidas. En este contexto aparece el elemento extraño del mal: ese destructor del sentido, de la verdad y de la vida, que se aloja en la inercia y en la debilidad y que confiere a la acción un sentido dramático; pero frente al cual siempre cabe alzar la libertad en favor de la vida y la verdad.

Pues bien, en esa lucha de la vida, de la voluntad, nace la experiencia ética: experiencia que es jurídica y moral. “Dado que la amenaza es contra la acción y el agente, el imperativo jurídico prescribe salvar la acción y el imperativo moral prescribe salvar el agente” (p. 132). El autor despliega en toda su amplitud tanto la experiencia jurídica (el contrato, la responsabilidad, la propiedad, el matrimonio y la familia, el Estado) como la moral (la benevolencia, la igualdad, el amor fraterno a los desemejantes, el sacrificio y el don de sí mismo), mostrando como en realidad los dos imperativos —jurídico y moral— simplifican la vida hasta la sencillez extrema y nuclear: “En esta sencillez todo es esencial, todo es necesario, nada hay que añadir y nada hay que quitar” (p. 205).

Finalmente, a la pregunta y deseo por la satisfacción completa de esa aspiración, lucha e historia, responde la religión. No una re-

ligión que aboca a un dios inmanente, típica de la modernidad, sino a la verdadera religión del Dios vivo.

Así, casi sin darse cuenta, el lector se verá inmerso en los grandes interrogantes de la filosofía, y la vida, de nuestro tiempo y de todos los tiempos; en el meollo donde todo genuino filósofo encuentra tema y espacio para dialogar.

Sergio Sánchez-Migallón. Universidad de Navarra  
smigallon@unav.es

---

GARCÍA CASAS, PEDRO; MIÑÓN, ANTONIO R. (COORDS.)

*La humildad del maestro. En homenaje a Urbano Ferrer*, Encuentro, Madrid, 2019, 746 pp.

Con este portentoso libro se rinde homenaje a un pensador español que ha sabido tener el temple de un buen profesor, la profundidad de un pensador a la altura de nuestro tiempo, la amabilidad de un caballero que se preocupa por las personas en primerísimo lugar, y la paciencia en la tarea ardua de buscar la verdad independientemente de quién la diga, a qué corriente pertenezca o a otras vicisitudes que la vida a veces nos hace vacilar. Su solidez intelectual y su convencimiento al plantear las cuestiones filosóficas van precedidas de un trabajo de investigación silencioso y muy elaborado. Abierto siempre a escuchar en la discusión, abierto siempre a aprender de otros enfoques que no van quizás con su estilo o modo de pensar. Me parece por ello muy acertado el título que se le ha querido poner a este homenaje tan merecido: *La humildad del maestro*.

Personalmente le conocí en las primeras jornadas de la Asociación Española de Personalismo que tuvieron lugar en el año 2004 en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Justo después de mi intervención en una ponencia sobre un autor que él conocía muy bien —Dietrich von Hildebrand— me hizo algunas preguntas y observaciones con muchísima elegancia y cordialidad.

La obra consta de una presentación, en la que los agradecidos autores dibujan la labor del maestro y algunas notas de su amable